

muy anciano, habiendo desempeñado por espacio de sesenta y dos años las funciones de augur, según dicen algunos historiadores. Muy digno fué aquel hombre del dictado que llevaba, aunque hubiese sido el primero en llevarle. En la carrera de los honores había avanzado más que su padre (1), y había llegado tan lejos como su abuelo. Las victorias de su abuelo Rulo habían sido más numerosas, y más importantes las batallas que libró; pero la lucha que sostuvo con Aníbal valía por sí sola lo que todas aquellas hazañas. Sin embargo, hase celebrado más su prudencia que su actividad: no podría decidirse si fué contemporizador por carácter ó si era un sistema que convenía especialmente á la guerra de que estaba encargado; pero lo cierto es que fué el único general que restableció los asuntos de Roma contemporizando, como dice Ennio. Reemplazóle en sus funciones de augur su hijo Q. Fabio Máximo: Ser. Sulpicio Galba le sustituyó como pontífice, porque reunía dos sacerdocios. Celebráronse los juegos romanos durante un día, y los plebeyos durante tres, por los ediles M. Sextio Sabino y Cn. Tremelio Flacco; estos dos magistrados fueron nombrados pretores con C. Livio Salinator y C. Aurelio Cotta. Ignórase si los comicios de este año los celebró el cónsul C. Servilio, ó si, retenido en la Etruria, donde en virtud de un senatus-consulta hacía una investigación sobre las conspiraciones de los ciudadanos principales, nombró dictador para presidirlos á P. Sulpicio; los autores no concuerdan en este punto.

Al comenzar el año siguiente, M. Servilio y Tib. Clau-

(1) Su padre, Fabio Gurges, fué cónsul tres veces, y Fabio Cunctator, cinco.

dio convocaron el Senado en el Capitolio y le sometieron la cuestión de las provincias. Querían que se sortearan el África y el Asia, porque los dos deseaban conseguir el África; pero, gracias á los esfuerzos de Marcelo, ni se les dió ni se les negó esta provincia, diciéndoles que se entendiesen con los tribunos, para que estos magistrados propusieran al pueblo, si lo creían conveniente, designar el general á quien quería confiar la guerra de África. Todas las tribus nombraron á Scipión. Sin embargo, los cónsules, con autorización del Senado, sortearon la provincia de África; tocando á Tib. Claudio, quien debía llevar allí una flota de cincuenta quinquerremes, y compartir el mando con Scipión. A M. Servilio tocó la Etruria, en cuya provincia se dejó á C. Servilio, prorrogándole los poderes para el caso en que el Senado considerase conveniente retener al cónsul en Roma. Entre los pretores, designóse para la Galia á M. Sextio, que debía recibirla con dos legiones de P. Quintilio Varo; C. Livio obtuvo el Brucio y las dos legiones que había mandado el año anterior el procónsul P. Sempronio; Cn. Tremelio, la Sicilia, que recibiría con dos legiones de manos de P. Vilio Tappulo, pretor del año anterior. Vilio, nombrado propretor, debía proteger las costas de la provincia con veinte naves largas y mil soldados; M. Pomponio tomaría las otras veinte naves y quinientos hombres para llevarlos á Roma. C. Aurelio Cotta obtuvo la jurisdicción urbana, y los demás magistrados fueron prorrogados con el mando de las provincias y de los ejércitos que tenían. En este año solamente hubo diez y seis legiones para la defensa del imperio. Para tener favorables á los dioses, antes de emprender nada, se decidió que los cónsules no partirían para la guerra hasta después de

haber celebrado los juegos é inmolado las víctimas mayores, que bajo el consulado de M. Claudio Marcelo y T. Quincio ofreció T. Manlio, dictador entonces, si durante cinco años se mantenía en igual estado la república. Celebráronse los juegos en el circo durante cuatro días, y los sacrificios se ofrecieron á los dioses á quienes se votaron.

Entretanto iban aumentando de día en día las inquietudes y esperanzas: ignorábase si debían alegrarse de que Anníbal hubiese evacuado la Italia después de diez y seis años, dejando la posesión tranquila al pueblo romano, ó más bien alarmarse porque había pasado al Africa sin perder un hombre. Solamente había cambiado el teatro de la guerra; el peligro era el mismo; Q. Fabio, el oráculo de aquella terrible lucha, que acababa de morir, no había hecho mal en predecir que Anníbal sería un enemigo más terrible en su patria que en el suelo extranjero; Scipión tendría que combatir, no ya con Syfax, rey bárbaro y rudo, que colocaba al frente de sus tropas á un Statorio, un criado del ejército; ó bien al yerno de Syfax, Asdrúbal, el más cobarde de los generales; ó, en fin, ejércitos improvisados, formados apresuradamente con multitud de campesinos mal armados, sino con Anníbal, nacido, por decirlo así, en la tienda de Amílcar, educado en medio de los ejércitos, soldado desde la infancia, general casi desde la juventud, envejecido en el seno de la victoria; que había llenado las Españas, las Galias y la Italia, desde los Alpes hasta el Estrecho con los monumentos de sus extraordinarias hazañas. Tenía á sus órdenes un ejército que contaba tautas campañas como su general; que se había endurecido por el hábito de sufrimientos de todo género, cuyo relato parecería fabuloso; que se ha-

bía cubierto mil veces de sangre romana, y que ostentaba despojos de soldados como de generales. Scipión tendría delante, en el campo de batalla, considerable número de enemigos que habían dado muerte con sus propias manos á pretores, generales y cónsules romanos, que habían merecido coronas murales y valares; que habían recorrido campamentos romanos y ciudades romanas forzadas por sus armas. Los magistrados romanos no tenían tantos haces como Anníbal había conquistado de generales muertos en los combates, y que podía llevar delante de él. Agitados los ánimos con estas alarmas, aumentaban sus temores é inquietudes, porque, acostumbrados desde muchos años á hacer la guerra en Italia, en una ú otra comarca, á verla prolongarse sin esperanza de que se acercase su término, excitaba poderosamente su interés el espectáculo de aquellos dos rivales, Scipión y Anníbal, dispuestos como para una batalla definitiva. Aquellos mismos que confiaban ilimitadamente en Scipión y que contaban con la victoria, á medida que veían acercarse el momento experimentaban más viva ansiedad. Iguales preocupaciones invadían á los cartagineses: en tanto se arrepentían de haber pedido la paz, pensando en su Anníbal, en la gloria de sus grandes hazañas, como cuando miraban hacia atrás, recordaban que habían sido vencidos dos veces en batalla campal, que estaba prisionero Syfax, que habían sido arrojados de España (1), arrojados de Italia, y que todos aquellos desastres se debían á un hombre solo, á aquel valeroso y prudente Scipión,

(1) Los cartagineses habían considerado siempre como asunto de capital importancia la posesión de España, cuyas preciosas minas eran inagotable fuente de riqueza para su tesoro.

Anníbal ya no era para ellos más que un general predestinado á perderles y al que maldecían.

Anníbal se encontraba ya en Adrumeto (1), donde concedió muy pocos días á sus soldados para que se repusieran de las fatigas de la travesía. Las alarmantes noticias que le traían acerca de la ocupación de todos los alrededores de Cartago por el ejército enemigo, le decidieron á marchar rápidamente hacia Tama, ciudad que dista cinco jornadas de Cartago. Los exploradores que desde allí envió á reconocer el país, cayeron en poder de las avanzadas romanas y los llevaron ante Scipión, quien los entregó á los tribunos de los soldados, los invitó á que lo visitasen todo sin temor y les hizo pasear el campamento por donde quisieron. Después, cuando se hubo informado de que lo habían observado todo á su gusto, les dió una escolta y los hizo llevar á Anníbal. Las noticias que recibió éste no eran á propósito para tranquilizarle: acababa de saber que aquel mismo día había llegado Masinissa con seis mil hombres de á pie y cuatro mil caballos; y sobre todo, le impresionaba la confianza del enemigo, que no le parecía infundada. Así fué que, á pesar de ser él mismo la causa de aquella guerra, aunque su llegada había roto la tregua y destruído la esperanza de tratar, creyó que, pidiendo la paz cuando sus fuerzas estaban aún intactas y no había sido vencido, podría conseguir mejores condiciones. Envió, pues, un mensajero á Scipión, para pedirle una entrevista. No tengo razón ninguna para asegurar si hizo aquello por iniciativa propia, ó si los magistrados de Cartago se lo mandaron. Valerio Ancias dice que, vencido por Scipión en un combate,

(1) Esta ciudad estaba al Sur de Cartago.

donde tuvo doce mil hombres muertos y mil setecientos prisioneros, marchó como embajador con otros diez personajes al campamento romano. Por lo demás, Scipión consintió en la entrevista; y, de acuerdo los dos generales, acercaron sus campamentos con objeto de verse con más facilidad. Scipión tomó en las cercanías de la ciudad de Naragara una posición ventajosa y que ofrecía facilidades para hacer aguada fuera del alcance de los venablos. Anníbal se situó á cuatro millas de allí sobre una altura, ventajosa también, pero lejana del agua. Eligióse entre los dos campamentos un paraje que se veía desde todas partes, con objeto de que fuese imposible toda sorpresa.

Dejando cada cual su escolta á igual distancia y conservando solamente su intérprete, acercáronse los generales. Eran los primeros capitanes, no solamente de su siglo, sino también de todos los tiempos; podía comparárseles con los reyes más grandes, con los generales más famosos de todas las naciones. Cuando se encontraron frente á frente, quedaron por un momento como sobrecogidos por la mutua admiración que se inspiraban, y guardaron silencio. Anníbal fué el primero que tomó la palabra: «Puesto que el hado ha querido que Anníbal, después de comenzar las hostilidades contra el pueblo romano, después de haber tenido tantas veces la victoria en sus manos, se decidiese á venir en demanda de la paz, me felicito porque la casualidad me haya dirigido á tí más bien que á otro. Tú también, entre tus otros títulos de gloria, podrás contar como uno de los principales haber visto á Anníbal, á quien los dioses han concedido vencer á tantos generales romanos, retroceder delante de tí solamente y haber terminado esta guerra, señalada por vuestras derrotas

antes que por las nuestras. ¡Y observa otro capricho de la fortuna! Tu padre era cónsul cuando empuñé las armas; fué el primer general romano con quien combatí, y vengo desarmado á pedir la paz á su hijo. Pluguera á los dioses haber inspirado á nuestros padres bastante moderación para contentarse, los vuestros con el dominio de Italia, los nuestros con el de Africa. La Sicilia y la Cerdeña no valen para vosotros las flotas, los ejércitos y los ilustres generales que os han costado. Pero olvidemos lo que ya pasó, porque se puede lamentarlo y no rehacerlo. A fuerza de apeteer el bien ajeno, hemos puesto en peligro nuestras propias posesiones, y hemos tenido guerra, vosotros en Italia, nosotros en Africa; vosotros habéis visto casi en vuestras puertas y sobre vuestras murallas las enseñas y las armas de vuestros enemigos; nosotros hemos oído desde Cartago el ruido del campamento romano. El objeto de nuestras alarmas más crueles, de vuestros deseos más vehementes, se ha conseguido: en el momento en que se trata de la paz, la fortuna está de vuestra parte; y nosotros que tratamos, tenemos el mayor interés en concluirla, gozando de la seguridad de que nuestras repúblicas ratificarán todos nuestros actos. Solamente necesitamos ánimo bastante tranquilo para no rechazar las disposiciones pacíficas. Por mi parte, que vuelvo viejo á esta patria que dejé niño, á mi edad, mis triunfos y reveses me han enseñado á preferir los cálculos de la razón á las inspiraciones de la fortuna. Pero tu juventud y la dicha que no ha dejado de acompañarte, me hacen temer seas demasiado orgulloso para adoptar disposiciones pacíficas. No se piensa mucho en la inconstancia de la fortuna cuando jamás nos ha engañado. Lo que era yo en Trasimeno y Cannas lo

eres hoy tú. Elevado al mando cuando apenas tenías la edad del servicio, todo lo acometiste con extraordinaria audacia: la fortuna no te ha abandonado ni un solo momento. Al vengar la muerte de tu padre y de tu tío, has encontrado, en los mismos desastres de tu familia, ocasión para hacer brillar con resplandor vivísimo tu valor y tu piedad filial. La España estaba perdida; tú la has reconquistado arrojando de aquella provincia cuatro ejércitos cartagineses. Creado cónsul en el instante en que, desanimados todos los romanos, renunciaban á defender la Italia, has pasado al Africa; aquí has destruido dos ejércitos, y á la misma hora has tomado y quemado dos campamentos; has hecho prisionero á Syfax, ese rey tan poderoso; has arrebatado considerable número de ciudades á su dominio y á nuestro imperio; en fin, cuando después de diez y seis años me creo seguro del dominio de Italia, me arrancas de allí. Por gusto, puedes preferir la victoria á la paz. Conozco caracteres que prefieren la gloria al interés; y en otro tiempo tuve yo las mismas ilusiones. Si los dioses á la vez que la buena fortuna nos diesen también la prudencia, pensaríamos en los acontecimientos realizados y en los acontecimientos posibles. Sin citar á otros, en mí tienes elocuente ejemplo de las vicisitudes humanas. En otro tiempo me viste acampado entre el Anio y tu ciudad, llevando mis enseñas hasta el pie de las murallas de Roma; hoy me ves llorando la muerte de mis dos hermanos (1), guerreros tan valerosos como capitanes ilustres, detenido ante las murallas de mi patria casi sitiada, rogándote que libres á mi

(1) Annibal tenía tres hermanos, Asdrúbal, Magón y Hannón. Tal vez ignoraba todavía la muerte de Magón.

ciudad del terror que llevé yo á la tuya. Cuanto más te eleva la fortuna, menos debes confiar en ella. Al darnos la paz en medio del curso de vuestras prosperidades y cuando todo podemos temerlo, te muestras generoso, te honras; nosotros que la pedimos, cedemos á la necesidad. La paz cierta es mejor y más segura que la victoria esperada: la una está en nuestras manos; la otra en poder de los dioses. No entregues á las vicisitudes de una hora de combate la felicidad de tantos años. Si piensas en tus fuerzas, no olvides tampoco el poder de la fortuna y las alternativas de la guerra. Por ambos lados habrá hierro y brazos; nunca son los acontecimientos menos seguros que en una batalla. Lo que un triunfo añadiría de gloria á la que, desde este momento, puedes asegurarte concediendo la paz, no vale lo que te quitaría una derrota. Los trofeos que has conquistado, los que esperas, pueden caer al suelo por momentáneo azar. Al ajustar la paz, eres dueño de tus destinos, P. Cornelio: de otra manera tendrás que aceptar la suerte que los dioses te preparen. M. Atilio hubiese sido citado como raro ejemplo de felicidad y fortaleza en la tierra si, después de la victoria, hubiese querido conceder la paz á petición de nuestros padres. No supo poner límites á su prosperidad, ni contener el vuelo de su fortuna, y cuanto más gloriosa fué su elevación, más humillante fué su caída. Sin duda pertenece al que otorga la paz, y no al que la pide, dictar las condiciones; pero tal vez no somos indignos de pronunciar nosotros mismos nuestro castigo. No nos negamos á que queden bajo vuestro dominio todos los países que han sido causa de la guerra, es decir, la Sicilia, la Cerdeña y todas las islas del mar que separa el Africa de la Italia. Los cartagineses nos

encerraremos en los límites del Africa; os veremos, puesto que tal es la voluntad de los dioses, gobernar por tierra y mar los países que todavía están independientes de vuestras leyes. Confieso que la poca sinceridad que hemos demostrado al pedir ó esperar la paz, debe hacerte sospechosa la fe púnica. Pero el nombre de los que piden la paz, Scipión, deben ser garantía de la fiel observación del tratado. Tu mismo Senado, según he oído decir, no ha tenido otra razón para negárnosla que la poca dignidad de nuestra embajada. Hoy la pide Anníbal; no la pediría si no la creyese útil, y la mantendría por las mismas razones de interés que me llevan á pedirla. Después de comenzar esta guerra, no he omitido nada para que no tuviesen que lamentarla, al menos mientras los dioses no me han retirado su protección. Pues bien, haré cuanto pueda para que nadie tenga que lamentar la paz que habré procurado.

Á este discurso contestó en estos términos el general romano: «No ignoraba, oh Anníbal, que la esperanza de verte llegar era el único móvil que impulsó á los cartagineses á romper la tregua que habían jurado y la paz que se preparaba. Tú tampoco tratas de ocultarlo, cuando de las condiciones establecidas para la paz lo suprimes todo, exceptuando lo que desde hace mucho tiempo está en nuestro poder. Por lo demás, tanto empeño como tienes tú en hacer ver á tus conciudadanos lo que tu llegada les alivia, debo yo tener en velar para que las condiciones que aceptaron antes no vengán á ser premio de su perfidia. Ni siquiera merecéis aquellas condiciones primeras. ¡y queréis sacar partido de vuestra mala fortuna! Nuestros padres no hicieron por la Sicilia la primera

guerra (1), ni hemos hecho nosotros la segunda por la España. Entonces fué causa el peligro de nuestros aliados los mamertinos; ahora la ruina de Sagunto: una causa sagrada y justa (*pia ac justa*) (2) nos pone siempre las armas en la mano. Tú fuiste el agresor, Aníbal, y los dioses me son testigos, los dioses que en la primera guerra hicieron que triunfaran el derecho y la justicia, como los han hecho triunfar y lo harán todavía en esta ocasión. Por lo que me atañe, conozco la debilidad humana, y sé que todas nuestras acciones están subordinadas á muchas probabilidades diferentes. En último caso, hubiese podido confesarme culpable de presunción y violencia, si antes de pasar al África, viéndote abandonar espontáneamente la Italia y venir á mí, embarcadas ya tus tropas, para pedirme la paz, hubiese rechazado tus ofrecimientos; pero hoy que está ya casi trabada la batalla, que á pesar de tus resistencias y tergiversaciones te he traído al África, no te debo ninguna consideración. Así, pues, si á las condiciones que parecían deber servir de base para la paz añades reparación conveniente por el ataque de nuestras naves y de nuestros convoyes, y por el atentado cometido contra nuestros legados en plena tregua, podría diferir al consejo. Pero si hasta las primeras condiciones te parecen onerosas, prepárate para la guerra, puesto que no puedes soportar la paz. La paz no se hizo; terminóse la conferencia, y cada general volvió hacia su escolta, anunciando que la entrevista no había tenido ningún resultado, que era

(1) Este lenguaje no era sincero: los mamertinos y saguntinos solamente dieron especioso pretexto para la guerra.

(2) Siempre se empleaban estos dos calificativos para expresar una guerra legítimamente emprendida.

necesario decidir la cuestión por las armas y esperar la fortuna de los dioses.

De regreso al respectivo campamento, los dos mandaron á sus soldados que preparasen las armas y el valor para la última batalla. Si tenían la fortuna de triunfar, la victoria no sería pasajera, sino definitiva. Antes de la noche siguiente sabrían si Roma ó Cartago dictarian la ley al mundo. No ya el África ó la Italia, sino el universo entero sería la recompensa del vencedor, y el peligro sería tan grande como la recompensa para aquel contra quien recayese la desgracia del combate. En efecto, para los romanos no había asilo en aquella tierra extraña y desconocida; á Cartago, cuando se agotase aquel último recurso, no le quedaba otra perspectiva que la de inminente ruina. Para decidir esta gran cuestión avanzaban sobre el campo de batalla los dos pueblos más poderosos de la tierra, representado cada uno por su general más famoso, por su ejército más valiente, y dispuestos á coronar con el esfuerzo supremo el edificio de su gloria ó á derribarlo. Los ánimos, pues, flotaban inciertos entre la esperanza y el temor: cada uno consideraba en tanto sus fuerzas, en tanto las del enemigo las apreciaba por la vista más bien que por el cálculo, y se sentía dominado á la vez por la alegría y la tristeza. Las reflexiones que los soldados mismos no se hacían, sugeriánselas las exhortaciones de sus generales. El cartaginés recordaba á los suyos sus diez y seis años de hazañas en Italia, los generales, los ejércitos romanos que habían destruido; cuando llegaba delante de un soldado que se había distinguido por alguna acción brillante, recordábale sus hazañas. Scipión hablaba de las Españas, de las batallas dadas en África y de la debilidad confesada por el

enemigo, que, por miedo, no podía menos de pedir la paz, ni podía guardarla por su innata mala fe. Hablaba también de la entrevista con Annibal, cuyo misterio dejaba el campo libre á las suposiciones. Auguraba bien de que los mismos auspicios que se habían presentado á sus antepasados antes de la batalla de las islas Egatas, aparecían en el momento en que se preparaban para el combate. «Tocaban, les dijo, el término de la guerra y sus fatigas. De ellos dependía asegurarse los despojos de los cartagineses y glorioso regreso á su patria, al lado de sus padres, de sus hijos, de sus esposas y de sus dioses penates.» Todo esto lo decía Scipión con la cabeza erguida y alegría en los ojos, tanto, que parecía ya vencedor. En seguida formó sus tropas en batalla: al frente los hastatos, detrás de ellos los príncipes y en última fila los triarios.

No formó su línea con cohortes cerradas y dispuestas cada una delante de sus enseñas, sino que dejó entre los manípulos ligeros espacios, de manera que los elefantes del enemigo pudiesen entrar en las filas sin desordenarlas. Lelio, que había sido legado suyo, y que este año le estaba unido como cuestor extraordinario en virtud de un senatusconsulto, formó el ala izquierda con la caballería italiana; Masinissa y sus numidas la derecha. Para llenar los huecos que dejaba entre los manípulos de los antesiñanos, empleó los velites (1), que formaban entonces las tropas ligeras; éstas tenían orden, en cuanto se lanzasen los elefantes, de retirarse detrás de las líneas regulares, ó de despa-

(1) El puesto de los velites era por lo común delante del frente de la infantería. Scipión los distribuyó en los espacios de la primera línea, como para ocultar al enemigo sus disposiciones.

tramarse á derecha é izquierda y alinearse contra los antesiñanos, con objeto de abrir á los animales un paso, en el que caerían bajo los golpes de mil venablos cruzados. Annibal colocó como medio de terror sus elefantes en primera fila: disponía de ochenta, número que no había reunido jamás en ninguna batalla; después sus auxiliares ligurios (1) y galos, mezclados con los baleares (2) y los moros; en segunda línea los cartagineses, los africanos y la legión macedónica; detrás, con corto intervalo, su reserva formada de italianos, cuya mayor parte eran brucios (3) que, antes por temor y por fuerza que de buen grado le habían seguido al salir de Italia. Su caballería guarnecía también sus alas; los cartagineses á la derecha y los numidas á la izquierda. Annibal empleó toda clase de exhortaciones para animar aquella confusa mezcla de hombres que nada tenían común, ni la lengua, ni las costumbres, ni las leyes, ni las armas, ni los trajes, ni el aspecto, ni los intereses. A los auxiliares les habló de alta paga por el momento y ricos despojos en el repartimiento del botín. Hablando á los galos, avivó en su ánimo el fuego de aquel odio nacional y natural que

(1) Desde el principio de la guerra con los romanos, tuvo Annibal auxiliares ligurios. En cuanto á los galos, Cartago los tuvo á sueldo en su ejército mucho antes de las guerras púnicas. Probablemente venían de las comarcas inmediatas al Mediterráneo. Estos eran ordas bárbaras que combatían casi desnudas. En el tratado de Annibal con Filipo de Macedonia se cita á los celtas entre los aliados de Cartago.

(2) Los honderos y arqueros de las islas Baleares formaban un cuerpo temible, ordinariamente formado de mil hombres.

(3) Los brucios eran despreciados por el resto de Italia, sobre todo desde que Annibal los sometió con tanta facilidad. Pretendíase que tenían aquel nombre por su estupidez y cobardía.

alimentaban contra Roma. A los ojos de los ligurios hizo brillar la esperanza de cambiar sus abruptas montañas por las fértiles llanuras de Italia. Asustó á los moros y numidas con el cuadro del cruel despotismo con que los abrumaría Masinissa; y dirigiéndose á los demás les señalaba otros temores y otras esperanzas. A los cartagineses habló de las murallas de la patria, de los dioses penates, de los sepulcros de sus padres, de sus hijos, de sus parientes, de sus esposas desoladas; les mostró de un lado la ruina y la desolación; del otro, el imperio del mundo, alternativa terrible que no dejaba término medio entre el temor y la esperanza. Mientras el general hablaba así á sus cartagineses, y los jefes de los diferentes pueblos de su ejército arengaban á sus compatriotas, y por medio de intérpretes á los extranjeros mezclados á sus bandas, los romanos tocaron de pronto trompetas y bocinas, y lanzaron un grito tan formidable, que los elefantes se arrojaron sobre su propio ejército, especialmente á la izquierda, sobre los moros y numidas. Masinissa, que vió su espanto, aumentó sin trabajo su confusión y les privó en aquel punto del socorro de su caballería. Sin embargo, algunos elefantes, más intrépidos que los otros, cayeron sobre los romanos, produciendo considerable estrago entre los velites, aunque les acribillaron de heridas, porque replegándose los velites sobre los manípulos, abrieron paso á los elefantes para que no les aplastasén, y cuando los vieron en medio de las filas presentando los costados, les abrumaron con lluvia de venablos, al mismo tiempo que los antesiñanos les arrojaban sus lanzas. Rechazados al fin de las líneas romanas por los dardos que por todas partes caían sobre ellos, aquellos elefantes se arrojaron como los otros sobre la caballería

cartaginesa en el ala derecha y la pusieron en derrota. En cuanto vió Lelio al enemigo en desorden, aprovechó su temor y aumentó su confusión.

El ejército cartaginés había perdido su caballería en las dos alas, cuando se pusieron en movimiento las dos infanterías; pero ya no eran iguales sus fuerzas y sus esperanzas. Añádase á esto una circunstancia, pequeña en sí misma, pero que influyó mucho en la batalla: el grito de los romanos era más uniforme, y por lo tanto, más nutrido y terrible, mientras que de la otra parte brotaban voces discordantes, siendo mezcla confusa de distintos idiomas. El ejército romano se mantenía firme y compacto por su propia masa, tanto como por el peso de sus armas, abrumando al enemigo. Los cartagineses no hacían más que moverse, y desplegaban más agilidad que fuerza. Así, pues, desde el primer choque los romanos quebrantaron al enemigo, rechazándole entonces con los brazos y los escudos, y avanzando á medida que retrocedía, ganaron terreno casi sin experimentar resistencia. Las últimas filas empujaron á las primeras en cuanto observaron el movimiento, y esta maniobra les dió inmensa fuerza impulsiva. Por parte del enemigo, la segunda línea, compuesta de africanos y cartagineses, en vez de sostener los auxiliares que cedían, temiendo que los romanos, después de haber destrozado las primeras filas, que resistían con encarnizamiento, llegasen hasta ellos, cedió el terreno. Entonces los auxiliares volvieron bruscamente la espalda y se lanzaron hacia los suyos: unos pudieron refugiarse en las filas de la segunda línea; otros, viéndose rechazados, degollaron para vengarse á los que antes habían rehusado defenderles y ahora no querían recibirles. Era, pues, doble el combate, por



decirlo así, que tenían que sostener los cartagineses, peleando á la vez con sus enemigos y sus auxiliares. Sin embargo, en el estado de exasperación y terror en que veían á estos últimos, no les abrieron las filas; estrecháronse unos contra otros y los rechazaron á las alas y á la llanura de alrededor, fuera del combate, con objeto de evitar que aquellos extranjeros, en desorden y cubiertos de heridas, introdujesen la perturbación en un cuerpo de soldados cartagineses que estaba intacto aún. Por lo demás, tal era la aglomeración de cadáveres y de armas que quedaba en el terreno que antes ocuparon los auxiliares, que costaba más trabajo quizás á los romanos abrirse paso, que les hubiese costado penetrar en las apretadas filas enemigas. Por esta razón, los hastatos que estaban en primera fila, persiguiendo á los fugitivos, cada cual según podía, á través de aquellos montones de cadáveres y de armas y de aquellos charcos de sangre, confundieron sus enseñas y sus filas. Igual fluctuación se observó en seguida en las líneas de los príncipes, que veían la primera en desorden. En cuanto la vió Scipión, mandó en seguida á los hastatos retirarse, envió los heridos á la retaguardia é hizo avanzar sobre las alas á los príncipes y triarios, para dar más firmeza y solidez al cuerpo de los hastatos, que de esa manera formaba el centro. Tratóse nuevo combate; los romanos se encontraban enfrente de sus verdaderos enemigos; iguales armas por una y otra parte, igual experiencia, la misma gloria militar, iguales esperanzas ambiciosas, iguales peligros. Pero los romanos tenían la ventaja del número y el valor; habían puesto ya en derrota la caballería y los elefantes; vencedores de la primera línea, iban á combatir la segunda.

Lelio y Masinissa, que habían perseguido hasta muy lejos á la caballería fugitiva, regresaron á tiempo para atacar por retaguardia la línea enemiga; este ataque de la caballería puso al fin en derrota á los cartagineses. Unos fueron envueltos y exterminados antes de abandonar las filas; otros, que huían dispersos por la llanura que tenían delante, encontraron á la caballería romana que recorría el terreno, y los destrozó. Los cartagineses y sus aliados dejaron sobre el campo más de veinte mil muertos, perdieron casi otros tantos prisioneros, ciento treinta enseñas y once elefantes. Los vencedores perdieron unos dos mil hombres. Aníbal escapó en medio del desorden con corto número de jinetes, y se refugió en Adrumeto. Durante el combate, como antes de empezar, y hasta el momento en que abandonó el campo de batalla, desplegó todos los recursos de la ciencia militar; y por confesión del mismo Scipión y por todos los expertos en cosas de guerra, se le debe el elogio de que dispuso sus huestes aquel día con extraordinaria habilidad. Los elefantes formaban la primera fila, para que su repentino choque, su ataque irresistible, impidiese á los romanos seguir sus enseñas y conservar sus filas, táctica de la que lo esperaba todo. En seguida estaban los auxiliares delante de la línea de los cartagineses, de suerte que aquel conjunto de gentes extrañas, sujetos únicamente por el interés, no podía emprender la fuga. Aníbal había calculado también que, al recibir el primer choque de los romanos, aminorarían su ardor y servirían al menos para que se embotase en sus cuerpos el hierro enemigo. Colocó en la reserva el cuerpo en que descansaba toda su confianza, los cartagineses y los africanos, contando con que, en igualdad de circuns-

tancias, entrando en combate descansados, con hombres fatigados y heridos, debían tener necesariamente la ventaja. En cuanto á los italianos, ignorando si había de considerarlos como aliados ó enemigos, les había alejado del recio de la batalla y relegado á la retaguardia. Después de dar esta última prueba de su ingenio, Anníbal, que se había refugiado en Adrumeto, volvió á Cartago, de donde le llamaron: hacia treinta y seis años que salió de allí niño. Delante del Senado declaró que se confesaba vencido, no solamente en aquella batalla, sino que también en la guerra, y que no había otra esperanza de salvación que consiguiendo la paz.

Inmediatamente después del combate, Scipión se apoderó del campamento enemigo, lo saqueó y volvió hacia la costa, á sus naves, con inmenso botín. Allí supo que Lentulo había llegado á Utica con cincuenta naves rostradas y ciento de transporte, cargadas con provisiones de toda clase. Creyendo que era necesario aprovechar el abatimiento de Cartago para impresionarla con nuevo terror, envió á Lelio á que llevase á Roma la noticia de su victoria, encargó á Cn. Octavio que llevase por tierra las legiones hacia Cartago; y él, después de reunir á su antigua flota la de Lentulo, hizo vela desde Utica al puerto de Cartago. Poco se había alejado aún, cuando vió una nave cartaginesa que venía á su encuentro, adornada con cintas y ramos de olivo. En ella venían diez legados, los principales de la ciudad, que, por consejo de Anníbal, enviaban para pedir la paz. Cuando se acercaron á la nave pretoria, presentaron á Scipión los velos de los suplicantes, le pidieron gracia é invocaron su clemencia y compasión. Por toda respuesta, el General les

mandó que fuesen á Túnez, á donde iba á trasladar su campamento. Después, habiendo examinado la situación de Cartago, menos para reconocerla entonces que para humillar al enemigo, llamó á Octavio á Utica y regresó él mismo; desde allí marchó á Túnez. Estando en marcha le anunciaron que Vermina, hijo de Syfax, al frente de un ejército más fuerte en caballería que en infantería, avanzaba en socorro de los cartagineses. Una parte del ejército, comprendiendo toda la caballería, atacó á los numidas el primer día de las Saturnales, derrotándoles después de combate poco empeñado. La caballería romana rodeó completamente á los vencidos y les cerró todas las salidas, resultando quince mil hombres muertos y mil doscientos prisioneros; apoderáronse de quinientos caballos numidas y de setenta y dos enseñas militares. El joven príncipe consiguió escapar en medio del desorden con muy pocos hombres. Entonces estableció Scipión su campamento en Túnez, en la posición que ocupó antes, y allí recibió á los legados de Cartago, en número de treinta. Estos emplearon un tono mucho más humilde que la embajada anterior, imponiéndoles la fortuna más que nunca esta dura necesidad; pero el reciente recuerdo de su perfidia hizo que se les oyese con menos compasión. Dominado el Consejo por justo enojo, acordó al principio la destrucción de Cartago; pero cuando se pensó en la magnitud de la empresa y en el tiempo que exigiría el sitio de una plaza tan fuerte y tan bien defendida; cuando el mismo Scipión pensó que vendría un sucesor á aprovechar sus fatigas y peligros y le arrebataría la gloria de terminar la guerra, todas las opiniones se convirtieron á la paz.

Al día siguiente llamó á los legados, les reconvino